

A la espera de la primavera

Septiembre nos deja siempre la sensación del cambio: Las últimas briznas de las últimas nevadas; las bajas temperaturas que en los meses anteriores pasaron casi desapercibidas; las corrientes de aire helado colándose por las puertas y ventanas antiguas; la fuerza de los amaneceres cada día más hermosos; algunos planchones de escarcha matinal. En fin, es el cambio de estación que nos anuncia que el fin de año está cerca.

Antes de la llegada de los colonos, sus habitantes apreciaban esos mismos sucesos de manera distinta. Ya era bueno pasar el invierno. Soportar el rigor del mismo debe haber sido percibido con la misma satisfacción de la espera que, hoy, tenemos en este mes. La mayor comodidad de esta época no siempre logra en el ser humano una relación de completo bienestar. Nuestro espíritu es incansable al momento de buscar encontrar algo desagradable y no es raro oír permanentemente reclamos de nuestros cercanos por cualquier circunstancia que no otorgue “esa comodidad”. Los hombres nunca estarán satisfechos de su entorno o de lo que les corresponda vivir.

Prepararse para la primavera, buscar la protección de los bosques o cuevas, salir del resguardo de las bahías, ensayar el uso de los arcos y boleadoras, iniciar las partidas de caza, sin duda debe de haber sido una gran festividad para nuestros habitantes originarios. El invierno les habría permitido, al calor de las chozas, esperar de manera paciente la llegada de los buenos tiempos. Mientras tanto se transmitían las historias familiares y los cuentos y ritos que permitirían tratar de perpetuar las estirpes. Vivir aclanados permitía acrecentar el afecto y la tradición.-

La llegada de las mejores horas de iluminación aseguraría el éxito de largas jornadas de desplazamiento, sea a pie en la pampa o a fuerza de remo en los canales, para coger los huevos de avestruz o las pieles de los lobeznos en parición. Pronto llegarían los brotes de las plantas comestibles y con ello proveerse de otros condimentos para la dieta necesaria.

Remontarse a los años incipientes e imaginar la forma de vida llevada a cabo en la inmensidad del territorio por quienes nos antecedieron, resulta romántico, tanto más cuando revisamos fotografías de nuestros abuelos y nos recordamos de las anécdotas contadas en la mesa familiar. Oír a los mayores hablar de la forma en que se pasaban los inviernos o las aventuras en las estancias, en los bosques o en los canales, mientras los niños nos escurríamos entre las sillas en el silencio respetuoso del juego bajo las mesas, nos dejaría una frescura en la imaginación dispuesta a transmitirla en estas líneas. Tertulias frecuentes de entonces, tanto como ayer, hacían posible profundizar las relaciones de amistad, alentadas por el abrigo de la leña y el carbón consumiéndose en las

estufas magallánicas, como por la comida y el vino que acallaba los apetitos de las largas noches de espera.